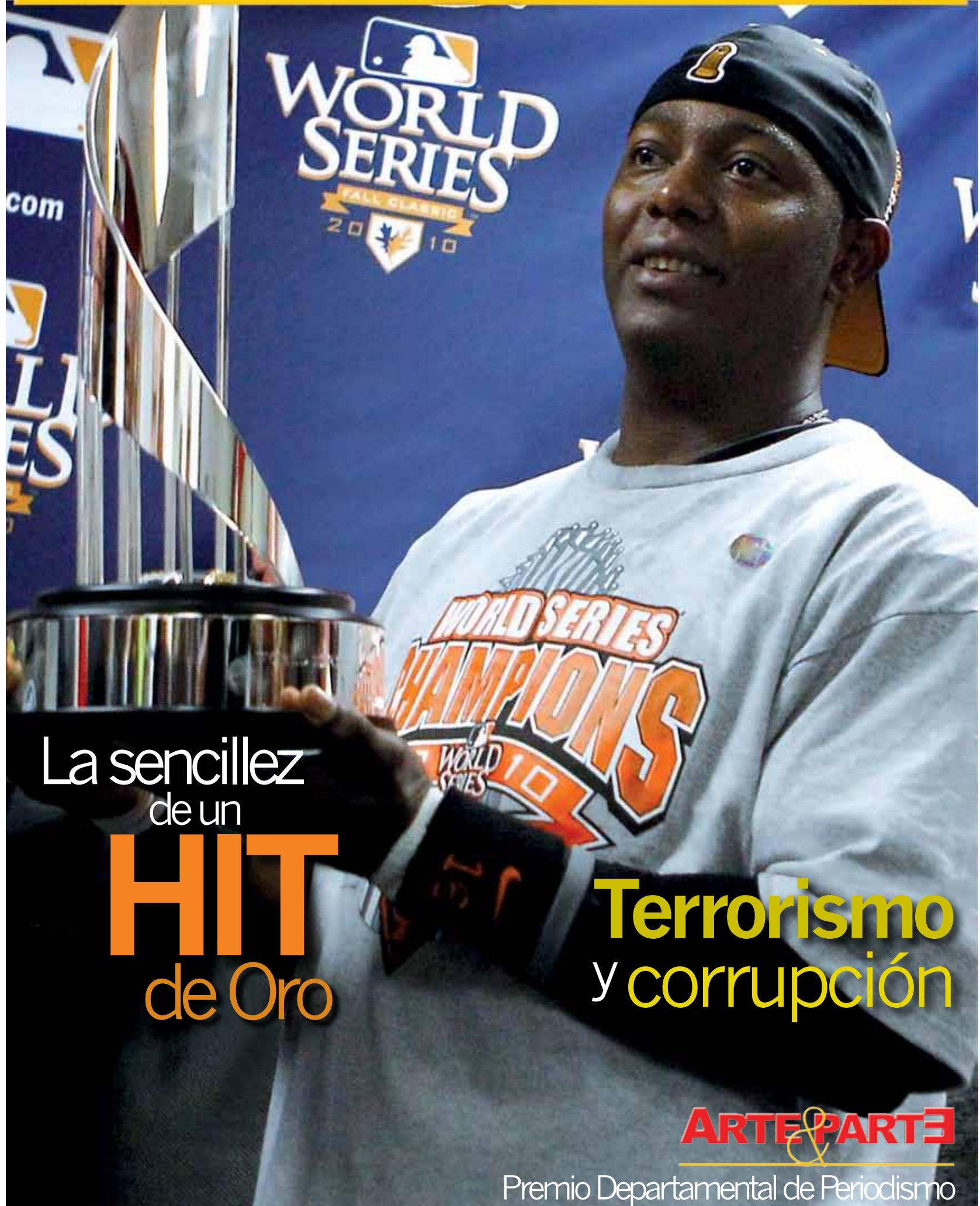


# ARTE & PARTE

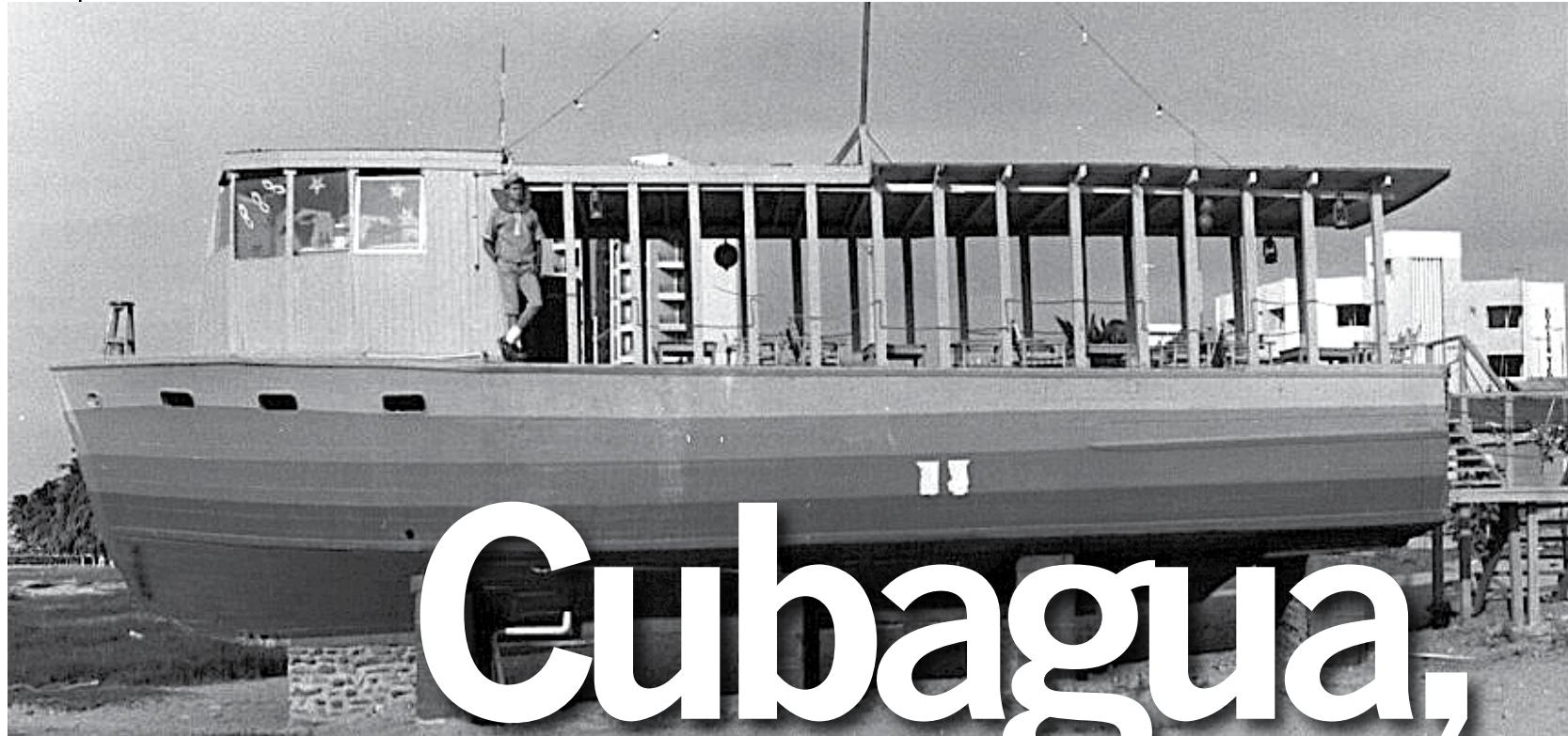
Año 4 • Nos. 15-16 • 32 Páginas • Valor \$ 2.000.00

ISSN 1909-6429 Riohacha - La Guajira - Oct.-Nov. 2010



ARTE & PARTE

Premio Departamental de Periodismo



# Cubagua, el naufragio de un sueño

Freddy González Zubiría

A mediados de 2010 se cumplieron 20 años de la inauguración de Cubagua, una taberna salsera ubicada en medio de la playa de Riohacha, cuya sede era un viejo barco que estuvo abandonado por mucho tiempo cerca de la desembocadura del río Ranchería ("el río", como le llaman al brazo que bordea el antiguo barrio Arriba de la ciudad capital).

La historia del barco, en su época de ultramar, aún es un misterio y está rodeada de especulaciones. Que era pesquero, y un rayo mató a su tripulación en alta mar; que era contrabandista y viajaba de Puerto López a Aruba, y su capitán falleció luego de beberse media caja de un whisky ajeno, de marca Passport (al que cariñosamente le dicen "pasaporte a la muerte"). En fin, posiblemente se trató de una embarcación cualquiera, sin ninguna anécdota interesante, que más tarde sería calumniado más por su uso en tierra que por sus travesías marinas.

La embarcación estaba desahuciada y abandonada a su suerte desde hacía varios años. Su último propietario conocido fue Gervasio Valdeblánquez, quien autorizó a la Corporación Departamental de Turismo para que la entregara en comodato a un proyecto turístico empresarial. A la oferta se le midieron el economista de los Andes, Cesar Arismendi y Abel Archibold, hijo de inmigrantes de Providencia, quien acababa de egresar de la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Atlántico.

Los amigos y socios del proyecto años atrás habían abierto Ashawa (lugar de encuentro, en wayuu), una Galería Bar ubicada en la calle 3 con carrera 5, que se convirtió en sitio de peregrinaje obligatorio de la tribu de salseros de la ciudad, pero financieramente inviable. A medida que las felicitaciones aumentaban,

los ingresos disminuían y el punto de quiebre hacía meses se había fracturado. Y un día los propietarios se encontraron en un callejón sin salida. La tarde de un domingo Cesar Arismendi, mientras escuchaba un tema de Ricardo Rey y Bobby Cruz, "Siento una voz que me dice agúzate, que te están velando, sintió que era hora de cerrar el sitio. Y así se hizo.

## Exhumación y traslado

En 1998 Abel Archibold se puso al frente del proceso de desenterramiento del barco, que estaba medio sepultado a unos metros de la desembocadura del Ranchería. Para sacarlo hubo necesidad de alquilar cuatro gatos hidráulicos en Cartagena. Adelamar Pimienta, "mañoco", prestó una estructura de hierro que "Cafi", un soldador chocoano, trabajó durante un mes hasta dejarla convertida en un remolque -tipo cuna- para trasladar la embarcación a su nuevo hogar.

El traslado fue lento y dispendioso. Se prolongó por espacio de tres horas. Al entrar a la playa, cuando faltaban 100 metros para llegar al punto escogido para su ubicación, la grúa se atolló y, sin pensarlo dos veces, decidieron instalarlo allí. Estaban exhaustos. Una vez construida la base y montado sobre las mismas, se iniciaron los trabajos de recuperación y remodelación del barco. Los socios se la jugaron e invirtieron sus últimos centavos en el proyecto. Cesar Arismendi recuerda que todos sus ahorros, incluidos los atesorados durante su época como empleado de la empresa Intercor, fueron a parar allí. Para adelantar las refacciones del casco solicitaron los servicios del señor Quintero, talentoso ebanista del barrio El Guapo, a quien la propuesta le pareció el desafío de su vida. Durante dos

años trabajó en la restauración del casco y su posterior adecuación como taberna.

El barco-taberna aún no tenía nombre. En un viaje a Bogotá Cesar tuvo un encuentro con Weildler Guerra Curvelo para comentarle el proyecto. En la reunión –bendecida con Old Parr– el antropólogo propuso el nombre de Cubagua como homenaje a los primeros pobladores de Riohacha. Hasta su esposa Tibi aportó a la hora de escoger los colores del nuevo establecimiento.

## Días dorados

A mediados de 1990 la taberna por fin abrió sus puertas. Cubagua era especial, único, bacano. El esfuerzo y la significativa inversión económica habían valido la pena. Miguel Ángel López organizó con su hermana Ata el lanzamiento en el marco del Festival del Dividivi de aquel año. Ladys Benítez fue encargada de llevar las cuentas,





La tripulación del barco

Ariel Colón, Ever Cueto y luego Javier Jiménez, serían los bármames y Feliciana Sánchez, "Chana", la encargada de los servicios generales.

Desde el día de su inauguración se convirtió no solo en el bebedero más concurrido, sino en un punto de interés turístico de la ciudad. Tomarse una fotografía en Cubagua era tan atractivo como hacerlo en el Pilón de Azúcar en el Cabo de La Vela. Y beberse una cerveza tan cerca del mar, escuchando el ruido de las olas, una experiencia única e inolvidable.

Al barco se accedía por una escalerita externa anexada a la popa donde las mesas tenían vista al mar y a la ciudad y, al final, cerca de la proa, la cabina del capitán convertida en bar. Desde su inauguración la nave-taberna se convirtió en el nuevo templo de la salsa en Riohacha. La tribu se reunía allí en el ritual semanal de enriquecimiento espiritual con las vibraciones de Ricardo Ray, Tito Puente, Willie Colón, Ray Barretto y Johnny Pacheco.

Cubagua también fue destino de los académicos que pasaban por la ciudad. El prestigioso sociólogo Alfredo Molano, el historiador Fabio Zambrano y el fotógrafo Jorge Mario Múnera fueron algunos de los visitantes que quedaron flechados por el barco. Años después seguirían preguntando por la particular taberna a Weildler Guerra Curvelo, su anfitrión de entonces. Ivonne Gómez, la directora del Área Cultural del Banco de La República y Justo Pérez van-Leenden, profesor y rector de la Universidad de La Guajira, convidaban a los visitantes a que conocieran el lugar.

Cubagua era un espacio mágico que había roto con el encajamiento locativo de la ciudad, y a la vez constituía una apuesta por el rescate de la tradición Caribe de Riohacha. Sin embargo, el mayor atractivo del sitio era al mismo tiempo su mayor debilidad. La cercanía al mar le acarreaba un alto costo en mantenimiento por los estragos producidos por el salitre y la humedad. Ladys Benítez recuerda que la mayor parte de los ingresos había que reinvertirlos en reparaciones y reposiciones. La sal y la humedad reducían a una terce-

ra parte la vida útil de los cables y de todo aquello que tuviera metal y pintura. No obstante, estos percances nunca fueron motivo para desistir.

### Crisis y destrucción

En cinco años de vida, Cubagua tuvo anécdotas, historias y leyendas. Visitantes asiduos de la taberna cuentan que la orden de los propietarios de que solo se programara música caribeña fue burlada en muchas oportunidades. El juramento que habían hecho los meseros al posesionarse en los cargos de declararse amantes de la salsa hasta que la muerte los separara, fue quebrantado. En los turnos nocturnos, cuando Cesar Arismendi pasaba la supervisión y abandonaba la taberna o cuando estaba lo suficientemente alejado para alcanzar el sonido, inmediatamente ponían discos de Los Diablitos, grupo de vallenato romántico cuyas melodías fueron famosas porque hacían poner cara de llanto a quien las cantara. Y al acercarse nuevamente cambiaban de nuevo la música. Los clientes jamás entendieron el por qué algunas canciones vallenatas se cortaban súbitamente y en su lugar empezaba a sonar nuevo la salsa. Hay quienes señalan a Ladys Benítez como autora intelectual del complot musical por ser

nativa de Villanueva, una de las cuñas del vallenato. Ella se defiende alegando que sólo llevaba cuentas y no tenía control sobre los muchachos, y que además rara vez asistía a Cubagua de noche. Lo cierto es que la sal, la humedad y la música vallenata clandestina conspiraban contra la originalidad y la sostenibilidad de Cubagua.

Para agravar la situación a Cubagua le apareció otro dueño, Alí Valdeblánquez, el cacique de las pampas. Aseguraba que el barco era tan de él como de su hermano y que no había sido consultado para su entrega a Corturismo. Dicen que amenazó con prenderle fuego. Cesar Arismendi le explicó el proceso del comodato y adjudicación, pero fue en balde; el cacique guajiro continuaba con su antorcha en la mano. Luego de horas de negociaciones se llegó a un acuerdo feliz: Alí Valdeblánquez bebería cerveza gratis durante dos años en Cubagua como indemnización por la parte del barco que le correspondía.

Pero el barco tenía otras cargas económicas. Los amigos de los socios con aspiraciones políticas en aquel momento, 1992, como Álvaro Cuello, candidato a Asamblea Departamental, y Orlando Mejía, candidato al Concejo de Riohacha, decidieron convertir Cubagua en su sede social. Cesar Arismendi para apoyarlos les asignó una cuota de \$100.000 pesos semanales de consumo no reembolsable. Pensaba que eso era suficiente, pero estaba equivocado: en tres meses de campaña los aspirantes y sus amigos se bebieron los dos años de estabilidad económica del negocio. El barco "comenzó a hacer agua".

A esto se sumó que los enemigos de Cubagua empezaron a fraguar todo tipo de historias para desacreditar el establecimiento, entre ellas que no contaba con ningún tipo de documentos, que allí atracaban, e incluso, que en las noches el fantasma del capitán que se mató a punta de Passport se paseaba por sus instalaciones. Las autoridades locales en vez de apoyar el novedoso proyecto de desarrollo turístico y facilitar su formalización y legalización, empezaron a escuchar papeles y permisos y a poner todo ese mon-

tón de trabas burocráticas que por lo general surgen cuando un criollo quiere poner en marcha un negocio. Al parecer había una intención marcada de acabar con el sitio.

Los socios estaban agotados. Luego del gran esfuerzo que demandó rescatar y recuperar el barco, y mantener el negocio a flote, finalmente se daban por vencidos. Sin lograr el retorno de la inversión y desconcertados por la arremetida administrativa y política, agotadas las fuerzas, decidieron abandonar Cubagua a su suerte.

En 1995 mediante acto administrativo de su despacho la alcaldesa Carmen Garzón Freyle ordenó su demolición. Fue reducido a astillas en un día. La administración municipal hizo lo que años de mar y río no pudieron. Cubagua quedó en nuestras mentes como símbolo de tenacidad y emprendimiento. Su final también es una muestra más en la historia de La Guajira de cómo la politiquería se encarga de destruir la iniciativa privada criolla cuando no hace parte de sus intereses. La destrucción de Cubagua quedará como uno de los graves atentados contra el emprendimiento de promoción turística de Riohacha.

Abel Archibald, uno de los socios, emigró a San Andrés cuando vio su barco convertido en leña. Allá se reencontró con la familia, y creó una empresa prospera: Arpin (arquitectura). Fue diputado del Departamento de San Andrés en dos períodos, siempre en defensa de los vendedores ambulantes. Actualmente es evangelizador y líder de una iglesia cristiana. Cesar Arismendi fue Secretario de Hacienda de Riohacha, y en la actualidad es consultor de macroeconomía en diferentes entidades públicas y privadas. Sigue siendo uno de los líderes de la tribu de salseros de Riohacha. Ladys Benítez se graduó de Administradora de Empresas y hoy ocupa un importante cargo en la Dian. Javier Jiménez obtuvo el título de licenciado en Lenguas Modernas y emigró a un lugar de la Costa Caribe. Carmen Garzón Freyle, la ex -alcaldesa, reside desde hace varios años en Bogotá, lejos de las dificultades de Riohacha y de su mar. &

